

## María: la madre leal

**Versículo clave:** *«Pero María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón».*

**Lucas 2:19**

**Pasajes seleccionados:**

**Lucas 1:26-56; 2:15-19; Juan 2:1-5; 19:25-27**

La lección de hoy comienza en Belén, llena de viajeros que habían venido a inscribirse en el censo decretado por el emperador Augusto. Entre la multitud se encontraban José, un carpintero de Nazaret, y su prometida, María, que estaba embarazada. Habían recorrido una larga distancia para cumplir con el decreto romano, atravesando caminos polvorientos y buscando refugio en la abarrotada ciudad. Lucas 2:1-3

Cerca de allí, en los campos no muy lejos de Belén, unos pastores recibieron la visita de un ángel de Dios que les anunció el nacimiento del Salvador, Cristo el Señor. «Y el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí os traigo buenas nuevas de gran alegría, que serán para todo el pueblo. Porque hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor». El mensaje del ángel fue acompañado por una hueste celestial que alababa a Dios. Lucas 2:8-14

El relato continúa: «Cuando los ángeles los dejaron y se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vamos a Belén a ver lo que ha sucedido, lo que el Señor nos ha anunciado”».

Así que se apresuraron y encontraron a María y a José, y al niño, que yacía en el pesebre. Cuando lo vieron, difundieron la noticia de lo que se les había dicho acerca de este niño, y todos los que lo oyeron se maravillaron de lo que los pastores les contaban. Lucas 2:15-18

Todo lo que había sucedido era desconcertante para María, y nuestro versículo clave sugiere que ella tal vez se preguntaba cuál sería el resultado de estos acontecimientos. Aunque meses antes un ángel le había anunciado que daría a luz a un hijo al que se le daría el «trono de David», es probable que María no se diera cuenta del alcance total de estos designios divinos que involucraban a su hijo.

Además, María no podía haber previsto en ese momento que Jesús sería crucificado aproximadamente treinta y tres años después, resucitaría de entre los muertos al tercer día y luego se convertiría en el jefe de un grupo de seguidores que se desarrollaría a lo largo de un período de dos mil años, todo ello con el propósito último de erradicar el pecado, el sufrimiento y la muerte de la humanidad.

Como parte de nuestro esfuerzo continuo por formar parte de la clase de Cristo, debemos evitar conformarnos a este mundo y tener cuidado de no ceder a las gratificaciones carnales que otros consideran normales. Es por esta razón que leemos: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». (Colosenses 3:2, 3). Muchas actividades que no son pecaminosas son agradables a la carne. A diferencia de ciertas prohibiciones que se le dieron a la nación de Israel,

no encontramos muchos mandamientos del tipo «no harás» en el Nuevo Testamento. Más bien, como cristianos, deseamos cumplir en nuestro corazón el «espíritu» de la ley del amor y la ley de la justicia.  
Romanos 7:6

Sin duda, somos bendecidos al experimentar la realidad de este texto: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es». 1 Juan 3:2